

LAS  
**NAVES** DE LA  
**LOCURA**



**ROBIN HOBB**

La maldición milenaria de los Antiguos Mercaderes de Mitonar se va erosionando poco a poco bajo la mano de hierro de un nuevo soberano corrupto. Los Vestrit aguardan el regreso de su nao rediviva, un barco mágico construido con tronconjuro, la madera que establece un vínculo místico de las embarcaciones con aquellos que las gobiernan. Althea Vestrit vive con el único propósito de recuperar la nave, que considera la herencia que un día le fue negada, y navegar con ella por los mares. Sin embargo, la Vivacia ha sido capturada por el capitán pirata Kennit. Althea y su antiguo camarada de aventuras marítimas, Brashen, se han propuesto liberar a la nao rediviva, pero quizá su plan resulte más peligroso que el hecho de dejar la Vivacia en las manos codiciosas de Kennit.

## Prólogo

### Recuerdo de unas alas

Los lechos de algas sobre los que descansaban las serpientes se mecían con suavidad al son de la marea. Aquí las aguas eran cálidas, tanto como lo eran en el sur antes de que migraran. A pesar de que Maulkin había decidido que ya no seguirían más al donante plateado, su aroma tentador se extendía por el agua salada. No estaba lejos; aún la seguían, pero manteniendo la distancia. Shreever consideró la posibilidad de enfrentarse a Maulkin, pero al final decidió no hacerlo. Miraba ansiosa a su líder. Las heridas que Maulkin sufrió durante su breve pelea con la serpiente blanca se le estaban curando poco a poco. Las heridas le habían estropeado el dibujo de sus escamas. Los falsos ojos dorados que cubrían todo su cuerpo proclamándolo profeta ya no brillaban con el lustre de siempre.

Shreever también se sentía extenuada y deslustrada.

Habían recorrido una gran distancia desde que iniciaron la búsqueda de La que Recuerda. Al principio Maulkin estaba muy seguro, pero ahora parecía tan confundido como lo estaban ella y Sessurea. Ellos tres eran los únicos que quedaban de la gran maraña de serpientes marinas que habían comenzado la migración. Los demás habían perdido la fe en un momento u otro de la búsqueda y decidido abandonar a Maulkin. Lo último que Shreever supo de ellos es que seguían a un enorme donante oscuro y que se iban alimentando de todos los despojos que les echaban. De aquello hacía ya varias mareas.

—A veces —le confesó Maulkin a Shreever mientras descansaban— siento que me desoriento en el tiempo. Tengo la sensación de haber pasado ya por aquí, de haber hecho ya esto o aquello, quizá incluso de haber compartido antes estas palabras. A veces la sensación es tan intensa que creo que hoy es en realidad un recuerdo o un sueño. Pienso entonces que tal vez no necesitemos hacer nada, puesto que cuanto nos ha ocurrido nos volverá a suceder. —Su voz sonaba débil y sin convicción.

Shreever se colocó a su lado. Dejaban ondular sus cuerpos al compás de la corriente y solo movían las aletas para mantener la posición. Debajo de ellos estaba Sessurea, que agitó la melena de repente para esparcir una ráfaga de toxinas con la que avisarlos.

—¡Mirad! ¡Alimento! —exclamó.

Plateado y destellante, el cardumen avanzaba hacia ellos como una bendición. Por detrás del banco de peces, ensombreciéndolo y engullendo lo que capturaba por sus extremos, se acercaba otra maraña de serpientes. Tres eran escarlatas, una verde y dos azules. Los cazadores no componían una gran maraña, pero ofrecían un aspecto enérgico y saludable. Sus relucientes pieles y sus cuerpos fornidos contrastaban marcadamente con las escamas débiles y los costados hundidos de los miembros de la maraña de Maulkin.

—Venid —ordenó Maulkin para que lo siguieran hasta unirse al festín de los recién llegados. Shreever emitió un débil sonido de alivio. Por fin llenarían la panza. Quizá los otros se unieran a la maraña de Maulkin cuando se dieran cuenta de que era un profeta.

Sus presas no eran peces extraviados, sino todo un banco, plateado y reluciente, que les llenaba los ojos. Se movían como si fueran una única criatura, si bien podían separarse y escapar de un cazador torpe. Las serpientes de la maraña de Maulkin eran cazadores avezados, de modo que los tres avanzaban con elegancia tras el pescado. Los com-

ponentes de la otra maraña emitieron varios bramidos de aviso, pero Shreever no vio ningún peligro. Dio un coletazo, se introdujo de lleno en el banco y atrapó por lo menos tres peces al mismo tiempo. Dilató la garganta para tragarlos.

De pronto dos serpientes escarlatas se apartaron y se lanzaron contra Maulkin, al que golpearon con el hocico como si fuera un tiburón o algún otro enemigo común. Una de las azules salió detrás de Shreever con las mandíbulas extendidas. Shreever se revolvió con agilidad y consiguió esquivarla. Luego vio que la otra escarlata estaba intentando envolver a Sessurea. Había desplegado su melena rojiza y expulsaba veneno al tiempo que bramaba obscenidades y amenazas. Sus improperios, gruñidos de rabia pura, carecían de sentido y sintaxis.

Shreever huyó chillando de miedo y confusión. Maulkin no la siguió. Agitó su espesa melena y liberó una nube de toxinas que aturdió a las escarlatas, que se retiraron sacudiendo las mandíbulas y forzando las agallas para filtrar el veneno.

—¿Qué os pasa? —preguntó Maulkin a los extraños recién llegados. Giró en espiral, extendió la melena con aire amenazador para dirigirse a ellos e hizo destellar con levedad los falsos ojos de su cuerpo—. ¿Por qué nos atacáis como bestias hambrientas y desalmadas? ¡Los de nuestra especie no somos así! Incluso aunque hubiera pocos peces, el pescado pertenece a quien lo atrapa, no a quien lo ve primero. ¿Habéis olvidado quiénes sois, lo que sois? ¿Os han arrancado la razón?

Durante unos instantes los miembros de la otra maraña se quedaron flotando inmóviles, excepto por los débiles coleteos con que se estabilizaban. El banco de peces se alejó hasta desaparecer. Después, como si la cordura de las palabras de Maulkin los hubiera provocado, los seis recién llegados se abalanzaron contra él con las mandíbulas abiertas de par en par para mostrar sus colmillos, las melenas

extendidas para dispersar toxinas y dando latigazos con las colas. Shreever observó con horror cómo lo rodeaban y arrastraban hasta el fango.

—¡Ayúdame! —gritó Sessurea—. ¡Lo van a asfixiar!

Sus palabras hicieron reaccionar a Shreever. Descendieron disparados a la par para golpear y azotar a la maraña que había inmovilizado a Maulkin. Los recién llegados atacaron ferozmente a su líder con los colmillos, como si él fuera la presa. Mientras luchaba por liberarse, su sangre fue formando una densa nube con sus toxinas y sus falsos ojos destellaban entre el lodo que se había levantado. Shreever no pudo evitar gritar de espanto ante la brutalidad absurda del ataque. Aun así consiguió desgarrarles la piel con los colmillos mientras Sessurea aprovechaba su mayor longitud para fustigarlos.

En cuanto tuvo ocasión, Sessurea envolvió el cuerpo malherido de Maulkin con el suyo y lo alejó de la enrabiada maraña. Huyó sin soltar a Maulkin en ningún momento y Shreever se alegró de poder poner fin a la pelea y seguirlos. Los recién llegados no los persiguieron sino que, frenéticos por el efecto del veneno, regresaron con sus compañeros rugiendo insultos y desafíos. Ni siquiera pensaban lo que decían mientras se retorcían y coleaban. Shreever no se molestó en mirar atrás.

Más tarde, mientras Shreever extendía un poco del cieno curativo que cubría su cuerpo sobre las heridas de Maulkin, este le habló.

—Carecen de memoria. Han olvidado por completo quién y qué son. Demasiado tiempo ha transcurrido, Shreever. Han perdido toda traza de recuerdo y propósito. —Hizo una mueca de dolor cuando Shreever le colocó en su sitio un jirón de carne, sobre el que esparció una capa de mucosidad—. Ellos son aquello en lo que nosotros nos convertiremos.

—No sigas —le dijo Shreever con suavidad—. No hables. Descansa. —Se enroscó alrededor de todo su cuerpo

para sujetarlo con firmeza y se agarró con la cola a una roca para que no los arrastrara la corriente. Enredado entre ellos, Sessurea dormía ya. O quizá se limitaba a guardar silencio y escucharlos con impasibilidad, presa del mismo desaliento que carcomía a Shreever. Ésta esperaba que no. Le quedaba el coraje justo para no desesperarse. Sessurea tendría que recuperarse solo.

Era Maulkin el que más le preocupaba. Había cambiado desde que se encontraron con el donante plateado. Los otros donantes que pasaban de la Carencia a la Abundancia solo eran fuentes de alimento fácil. El plateado era distinto. Su olor había despertado recuerdos en todos ellos, que lo persiguieron con la certeza de que su fragancia los guiaría hasta La que Recuerda. Sin embargo, ni siquiera era de su especie. Antes de perder la esperanza del todo lo llamaron, pero no respondió. A la serpiente blanca que le suplicaba solo le dio carne. Maulkin se apartó de él diciendo que no podía ser La que Recuerda y que ya no lo seguirían más. No obstante, durante las mareas que siguieron, su olor no había terminado de desaparecer. Aunque no lo pudieran ver, Shreever sabía que no estaba lejos. Maulkin aún lo seguía y ellos lo seguían a él.

Maulkin emitió un gruñido débil antes de cambiar de posición.

—Me temo que esta es la última vez que realizamos este viaje como algo más que meras bestias.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sessurea con inquietud. Se retorció con dificultad hasta que pudo mirarlo a los ojos. Tenía múltiples heridas, aunque ninguna era grave. El profundo tajo que le habían abierto junto a una de las glándulas de veneno, justo tras la articulación de la mandíbula, era el que peor aspecto presentaba. Hubiera muerto víctima de sus propias toxinas si estas hubieran penetrado. La suerte había querido que todos siguieran con vida.

—Busca entre tus recuerdos —le instó Maulkin con tono pesaroso—. Busca no solo entre las mareas y los días, sino

entre las estaciones y los años, entre las décadas que precedieron a las décadas. Nosotros ya estábamos aquí entonces, Sessurea. Todas las marañas se han unido y han migrado hacia estas aguas, no en una única ocasión, sino multitud de veces. Nos hemos desplazado hasta aquí en busca de aquellos que recuerdan, aquellos pocos a los que se les confiaron los recuerdos de todos los de nuestra especie. La promesa era clara. Debíamos reunirnos. Recuperaríamos nuestra historia y seríamos llevados a un lugar seguro donde completar nuestra transformación. Allí renaceríamos. Sin embargo, hemos sufrido incontables desengaños. Una y otra vez nos hemos congregado y hemos esperado. Y siempre hemos acabado perdiendo la esperanza, olvidando nuestro propósito y regresando a las cálidas aguas del sur. Cada vez, aquellos de nosotros que guardaban algún recuerdo decían: «Quizá nos hayamos equivocado. Tal vez no es el momento, la estación, el año de la renovación». Pero sí que lo era. Nunca cometimos ningún error. Los que debían reunirse con nosotros nos fallaron. No acudieron. No vinieron entonces y puede que tampoco aparezcan ahora.

Maulkin se quedó callado. Shreever seguía sujetándolo para que no se lo llevara la corriente. Suponía un gran esfuerzo para ella. Aunque no hubiera habido corriente, aquí no había nada de barro balsámico en el que hundirse, solo algas ásperas y piedras sueltas. Debían buscar un sitio más adecuado para descansar. No obstante, no quería trasladarse hasta que Maulkin no se curara del todo. Además, ¿adónde se iban a marchar? Después de haberse trasladado a favor y en contra de esta corriente saturada de sales extrañas ya no pensaba que Maulkin supiera adonde los estaba guiando. Si se quedaba sola, ¿adónde iría? De repente la cuestión empezó a atormentarla. No quería pensar más.

Se limpió los cristalinos de los ojos y miró su cuerpo, que mantenía enredado entre los de sus dos compañeros. El color escarlata de sus escamas era intenso y brillante, pe-

ro quizá solo en contraste con la piel apagada de Maulkin, cuyos dorados ojos falsos habían cobrado diversos tonos marrones. Además sus heridas supurantes los habían estropeado aún más. Necesitaba alimentarse, crecer y mudar la piel. Eso le haría sentirse mejor. A todos les haría sentirse mejor. Se decidió a decir lo que pensaba.

—Necesitamos alimentarnos. Todos tenemos hambre y nos hemos debilitado. Mis sacos de toxinas están casi vacíos. Puede que debamos dirigirnos al sur, donde abunda la comida y el agua es cálida.

Maulkin se giró y la miró preocupado con sus enormes ojos.

—Has empleado gran parte de tus fuerzas para cuidarme, Shreever —le dijo. Shreever percibió el esfuerzo que supuso para él sacudir y extender su melena. Un segundo movimiento liberó una nube tenue de toxinas que a Shreever le sirvió para espabilarse. Sessurea los envolvió a ambos y abrió las agallas para absorber parte de las toxinas de Maulkin.

—Nos recuperaremos —afirmó Sessurea para animar a Shreever—. Estás cansada y hambrienta. Todos lo estamos.

—Estamos extenuados —confirmó Maulkin con voz apagada—. Y muertos de hambre. Las necesidades del cuerpo limitan el rendimiento de la mente. Pero prestad atención los dos. Escuchadme y nunca olvidéis esto. Aunque perdáis todos los recuerdos, nunca olvidéis lo que os voy a decir. No podemos regresar al sur. Si abandonamos estas aguas, será lo último que hagamos. Mientras podamos pensar, debemos permanecer aquí y buscar a La que Recuerda. El instinto me lo dice. Si no conseguimos renovarnos ahora, ya nunca más lo haremos. Nosotros y todos los de nuestra especie pereceremos y ya nadie nos recordará ni en el mar, ni en el cielo ni en la tierra. —Hablabla muy despacio y, por un instante, Shreever casi recordó lo que quería decir. No se refería solo a la Abundancia y a la Carencia. La tierra, el cie-

lo y el mar, los tres polos de su soberanía, que en su día fueron las tres esferas de... algo.

Maulkin sacudió la melena de nuevo. Esta vez, tanto Shreever como Sessurea abrieron bien las agallas para recoger sus toxinas y atrapar sus recuerdos. Shreever miró los bloques derruidos de piedra trabajada que cubrían el lecho marino, los racimos de percebes y los hierbajos acuáticos que se anclaban al Arco del Conquistador conformando una espesa cortina. La piedra negra de vetas plateadas solo asomaba por algunas zonas. La tierra la había derribado y el mar se la había tragado. Una vez, incontables vidas atrás, ella se acomodó sobre ese arco; primero aleteó y después volvió a plegar sus inmensas alas sobre los hombros. Con la caricia de la lluvia fresca de la mañana, aulló su dicha para que su compañero la oyera y en seguida un reluciente dragón azul bramó en respuesta. Una vez los antiguos la recibieron con flores dispersas y gritos de bienvenida. Una vez, en esta ciudad, bajo un luminoso cielo azul... Se desvaneció. No tenía sentido. El recuerdo se esfumó como un sueño al despertar.

—Sed fuertes —les exhortó Maulkin—. Si no estamos destinados a sobrevivir, entonces al menos luchad hasta el final. Dejad que sea el destino y no nuestra falta de coraje lo que acabe con nosotros. Por los de nuestra especie, permaneced fieles a lo que somos. —Se le infló el cuello con veneno. Una vez más, parecía el líder visionario que se había ganado la lealtad de Shreever hacía ya tanto tiempo. Sus corazones se le hinchieron de amor por él.

Cuando una sombra pasó sobre ellos, Shreever miró hacia arriba.

—No, Maulkin —dijo con suavidad—. No estamos destinados a morir, ni a olvidar. ¡Mirad!

Un oscuro donante iba arrojando alimento a medida que avanzaba con pesadez sobre ellos. La carne, llevada por la corriente, descendía poco a poco hacia ellos. Eran bípedos muertos; uno de ellos estaba envuelto en cadenas.

No necesitarían luchar para comer esta carne. Les bastaría con abrir la boca.

—Ven —le dijo a Maulkin cuando Sessurea se desenroscó para ascender ansioso a recibir el alimento. Con mucha delicadeza subió a Maulkin para recoger juntos lo que el donante les ofrecía.

# Primavera

## Capítulo 1

### Las naves de la locura

La brisa que le acariciaba el rostro y el pecho era juguetona y fría, aunque anunciaba que la primavera no tardaría ya en llegar. El aire olía a yodo; la marea debía de estar baja, de manera que podrían verse los lechos de quelpo próximos a la orilla. Notaba bajo su casco que la gruesa arena estaba húmeda por las últimas lluvias. El humo procedente de la pequeña hoguera que había encendido Ámbar hacía que le picaran las fosas nasales. El mascarón de proa, ciego, volvió la cara y se rascó la nariz.

—Hace una tarde estupenda, ¿no crees? —le preguntó Ámbar con familiaridad—. El cielo se ha despejado. Todavía quedan algunas nubes pero ya van apareciendo la luna y las primeras estrellas. He recogido algunos mejillones y los he envuelto en algas. Cuando el fuego se haya avivado un poco, retiraré algunas ramas y los cocinaré en las brasas. —Guardó silencio esperando la aprobación de la nao.

*Dechado* no dijo nada.

—¿Te apetece probarlos cuando los haya cocinado? Sé que no necesitas comer, pero quizá sientas curiosidad.

*Dechado* bostezó, se estiró y se cruzó de brazos. Se encontraba mucho más cómodo que Ámbar. Durante los treinta años que llevaba varado en la playa había aprendido a ser paciente. Viviría más que ella. Se preguntó si Ámbar se enfadaría o entristecería esta noche.

—¿De qué nos sirve a ninguno de los dos que te niegues a dirigirme la palabra? —preguntó Ámbar, que no

veía lógica alguna en la actitud del barco. *Dechado* percibió que se le iba agotando la paciencia. Ni siquiera se molestó en encogerse de hombros.

—*Dechado*, tu imbecilidad no tiene remedio. ¿Por qué no me hablas? ¿Es que no ves que soy la única que te puede salvar?

«¿Salvarme de qué?», le hubiera preguntado la nave si se hubiera dignado dialogar con ella.

La oyó ponerse de pie y caminar hasta la proa para colocarse frente a él. *Dechado*, como quien no quiere la cosa, volvió a un lado su rostro desfigurado.

—Muy bien. Finge que me ignoras. No me importa que me respondas o no, pero tendrás que escucharme. Te encuentras en una situación muy peligrosa. Sé que te oponías a que te comprara a tu familia, pero de todos modos fui yo quien hizo la oferta. Ellos la rechazaron.

*Dechado* se permitió resoplar con desdén. Por supuesto que la rechazaron. Él era la nao rediviva de la familia Ludoventura. Por muy desgraciado que fuera, jamás lo venderían. Lo habían mantenido encadenado y anclado en esta playa desde hacía unos treinta años, ¡pero jamás lo venderían! Ni a Ámbar ni a los Nuevos Mercaderes. Nunca. Siempre lo había sabido.

Ámbar prosiguió con tenacidad.

—Hablé directamente con Amis Ludoventura. Me costó mucho verme con ella. Cuando hablamos fingió sorprenderse por mi oferta. Insistió en que no estabas en venta, que no tenías precio. Dijo lo mismo que tú, que ninguna familia de mercaderes del Mitonar vendería su nao rediviva. Que eso era algo que no se hacía.

*Dechado* no pudo seguir disimulando una sonrisa que poco a poco le fue cambiando el semblante. Todavía se preocupaban por él. ¿Cómo podía haberlo dudado? En cierto modo le estaba agradecido a Ámbar por haber presentado aquella ridícula oferta de compra. Quizá Amis Ludoventura se decidiera a visitarlo ahora que había admitido

ante alguien de la calle que él todavía formaba parte de la familia. Una vez que Amis lo fuera a ver, podría ocurrir cualquier cosa. Tal vez volviera a surcar los mares con una mano amiga sobre su timón. No le resultó difícil abandonarse a su imaginación.

La voz de Ámbar lo arrastró brutalmente de regreso a la realidad.

—Fingió que le irritaba el hecho de que corrieran rumores acerca de tu venta. Me quería hacer creer que era un insulto al honor de la familia. Luego me comentó... —Aquí Ámbar bajó la voz y susurró en un tono que se debatía entre el temor y la ira—: Me comentó que había contratado algunos hombres para que te remolcaran y te sacaran del Mitonar. Que lo mejor sería que todos se olvidaran de ti lo antes posible. —Dicho esto, guardó un silencio valorativo.

*Dechado* sintió que algo se retorcía y desgarraba dentro de su pecho de tronconjuro.

—De modo que le pregunté a quién había contratado.

Al oír esto *Dechado* se tapó los oídos. No quería saberlo. Ámbar quería aprovecharse de sus temores. De manera que su familia tenía planeado trasladarlo. Eso no significaba nada. Le vendría bien cambiar de paisaje. Quizá cuando lo volvieran a varar lo dejaran derecho. Ya se había hartado de estar siempre escorado.

—Me contestó que no era de mi incumbencia. —Levantó la voz—. Entonces le pregunté si eran mercaderes del Mitonar. Se limitó a mirarme fijamente. Así que luego le pregunté adonde te iba a llevar Mingsley para desarmarte.

*Dechado* se puso a tararear con desesperación, casi gritando. Ámbar siguió hablando. *Dechado* no podía oírla. Se negaba a oírla. Se apretó aún más las manos contra las orejas y cantó en voz alta:

—Un penique para comer, un penique para beber, un penique para las carreras y ver a los caballos correr...

—¡Me sacó a patadas de su casa! —gruñó Ámbar—. Cuando salía la calle y le grité que llevaría el asunto al Con-